

Al salir del templo

¿Quién llora aquí,
tan cerca y tan lejos,
quién se intimida ante el desierto,
con la piel envuelta en gasa
y casi quemado vivo por la pena?

Quien seas, no llores más.

Pues si una grieta en la roca moviera los labios
y comenzara a decir lo que tu frente calla,
no sabrías aún qué pesos, qué trabas, qué asesinatos en masa
la mefítica intemperie planea
contra el hombre abierto de par en par.

Y si vieras al herido pensamiento,
como un arcón desventrado, dejar tras de su paso
estelas de invaluable abalorios,
también tú dejarías los preciosos fardos, tus bienes constelados;
pues sólo un alma en llamas hace falta para el viaje.

¡Oh divina salud de cuando un fino alambre al rojo
hace saltar los huesos en las urnas!
¡Salud por la que hago la señal de la fiesta
con el pulgar y el índice enmohecidos!
¡Consumación suprema,
sortija en cuya busca dragué todos los ríos!

Noches ardidas han pasado, lagunas y siglos,
agudas edificaciones como cipreses de piedra han pasado.
Mas he aquí también lo que no pasa:
la lenta jornada en que las estatuas se asombran de los cuerpos
y las primeras torres de pétalos se yerguen.

Son de vidrio las bardas que ocultan jardines,
de agua las sábanas en perpetuo desorden.
Congregaciones vegetales, plantíos de mástiles en el océano,
rasgan la sombra de suntuarias migraciones
que la naturaleza no inventó jamás.

Tú, en cambio, llora en esta hora tan dócil
al deseo de abrir un camino para el canto;
sin duda porque tienes la piel entreabierta
y en tu pecho encuentras humedad de presidio
y calabozo donde azotarte.

O quizá lloras porque tienes caprichos
y quisieras que el agua aprendiera a correr
por el carril de tu sombrero;
tal vez estás dispuesto a que la vida se te caiga de las manos
y ya no desees la violeta que vuela
y se adhiere como una pupila
en lo alto de la estatua demacrada.

Quizá no te deslumbre la caña que sirve de portabandera al aire inmenso
ni sientas pena por el muchacho exasperado y pobre
que pide hilo y metal
para hundir en el agua su carnada de mil colores.
A lo mejor estás sin nadie
y la soledad te corta a pique
desde el cabello hasta la última piedra del infierno.

¿Eres acaso el que se apartó de la senda
al oír la matraca del leproso?

Quien seas, no llores más,
pues yo doy mi pobre ración de viento y mar
porque todo se olvide y todo recomience.
Entrego mi negra corteza con lunares de escarcha
para que el espíritu asiente su claridad marchita
en el aéreo tálamo de otras albas.

Doy mi aguda compulsión
de última creatura entre los aprendices de hombre
y toda mi maquinaria interna
bruñida por infatigables olas de pensamiento y deseo.

Ofrezco la tierra fornida y serenada,
mipreciado funicular
que arrulla cometas en su primera infancia;
el hada núbil de mis lejanos días
que inventó mínimas catapultas
para lanzar hasta Neptuno los granos de anís.

Doy cercenados meteoros e imaginaciones sin cuento;
también el tatuaje amarillo y rojo del éxtasis entrego
para que todo se olvide y todo recomience.